

R 40597

DISCURSOS

LEIDOS ANTE

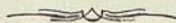
LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DEL

SEÑOR DON GABINO TEJADO

EL DÍA 19 DE JUNIO DE 1881



MADRID
IMPRESA DE F. MAROTO É HIJOS
CALLE DE PELAYO, NÚM. 34
1881



DISCURSO
DEL
SEÑOR DON GABINO TEJADO

SEÑORES:

La insignia con que en breve, mediante Dios, se dignará nuestro Presidente honrar mi pecho, será para mí lo que en el de un veterano la Cruz de San Hermenegildo. Permitid á la vena incorregiblemente antojadiza de éste ya pobre anciano estimar así los merecimientos que sin duda quereis en él recompensar al cobijarle bajo la sombra de vuestra preciada bandera. Si para tanto honor bastan la fidelidad y constancia, sin vanagloria puedo alegrarlas ante vosotros; pero no me pidais ofrenda de más valía, pues aún dado que tuviese ganada yo alguna empresa para mi escudo, todas se las ha ido llevando en sus alas el tiempo vagaroso, hundiéndose aún la ménos indigna de memoria en el sepulcro de cada sol poniente.

Creáislo ó no, señores Académicos, no ha dejado de costarme fatiga este rodeo para confesaros la máxima culpa de mi vida literaria. Llevo cuarenta años de periodista. Si lo sabíais al llamarme á vuestro

lado, dejadme admirar tanta benevolencia para conmigo; si lo ignorábais, mándame lealtad notificároslo para que así extrañeis algo ménos lo incoherente de mis ideas, lo arbitrario de mis asertos, lo difuso de mi estilo, y lo exótico de mi lenguaje.

Supremos jueces como en la facunda España sois del bien decir, quien á tan alta jurisdiccion apenas traiga otros láuros que someter sino los efímeros y dudosos recogidos en las campañas periodísticas, debe humillarse cual presunto reo, y más que el galardón, sólo á los beneméritos debido, puede con razon aplicársele la ley de sospechosos.

Fortuna rara, si ya no mérito singular del insigne poeta cuyo sitio, vacío por prematura muerte, se deslustra hoy más que se llena con mi oscuro nombre, fué tal vez haberse eximido de aquella ciertamente no sagrada milicia. Quizás á esta exencion dichosa debió en gran parte aquel mi malogrado paisano y amigo, Adelardo Lopez Ayala, el estilo varonilmente sóbrio con que supo de ordinario vestir los profundos y sanos conceptos de sus bien trazados poemas. El periodismo, de quien muy luego tuvo la buena suerte, ó quizás el tino de despegarse, habria probablemente limitado y empañado los horizontes de aquel ingénio que no fué poderoso á corromper, con ser tan deletéreo de suyo, el ambiente de nuestras civiles discordias. Dejemos á la historia venidera el árduo empeño de concertar imparcialmente la vida y los escritos del que se ilustró y os ilustró con ser vuestro colega; pero aprovechemos esta ocasion para felicitar á nuestra pátria de que, junto con tantos otros de la corriente centuria, refugiase las más nobles aptitudes de su espíritu en el asilo del arte, en-

genándolas de la vida real y sus miserias, reservándose por ende espacio libre donde contemplar, á la luz de la verdad íntegra y del bien íntegro, los misteriosos esplendores de la belleza ideal.

En esta nuestra edad de materia y de prosa, tan fecunda en ruidos como escasa de venturas; en este vertiginoso torbellino de teorías, de pasiones y de intereses cuya tenaz colision tiene ya casi deshecho todo vínculo de unidad y de armonía en los varios órdenes de la vida humana; en esta increíble temeridad con que toda especie de escepticismo se abraza tan denodadamente con el absurdo palpable y con la iniquidad manifiesta; en este siglo décimonono, en fin, tan decantado por algun optimista satisfecho, y que, mientras antonomásticamente se apellida *siglo de las luces*, va precipitándose con tan desesperado arrojo en las más tenebrosas vías de lo desconocido; consuelo son, y áun fundamento de legítimas esperanzas, estas vocaciones de almas escógidas que emigran á la serena region de las ciencias y de las artes para cultivar en ella con cierta abnegacion religiosa tesoros de verdad y de belleza, escondidos á esta muchedumbre, hoy más que nunca ingente, á quien llamaba *profano vulgo* el más renombrado entre los líricos latinos.

Pero tambien aquí, señores, es de notar una grandiosa transformacion del vivir humano, tan conspícua de suyo como quizás mal advertida, y de cierto no bien considerada por algunos idólatras de lo que con vuestra licencia llamaría yo el arte fósil. Mientras aquel verboso adulator de magnates sibaritas y cínicco recuestador de impuras Lidias y Leuconoes, fustigaba con tan cruel desabrimiento en el antiguo

Lacio á la siempre magna turba de los pobres y de los humildes, casi por aquel tiempo mismo, en un rincon del Asia, los enaltecía un humilde Nazareno, venido á la tierra para enseñar á todas las gentes toda verdad, y el cual por todas partes con eficaz misericordia pasó haciendó bien. Desde que puesto en Cruz aquel Maestro divino, su preciosísima Sangre se filtró en las entrañas de toda la tierra para hacerla fecunda en flores ya inmarcesibles y en frutos ya inacabables, aquel *profano vulgo*, tan desdeñado por el poetismo gentílico, es ya en gran parte, y está llamado á serlo del todo, "linaje escogido, estirpe de sacerdotes reyes, gente santa..... que antes ni siquiera era pueblo, y que despues fué el pueblo de Dios para publicar las grandezas de Aquel que le sacó de las tinieblas á su luz admirable". (San Pedro, Epístola I, c. II, v. IX.)

Desde entonces, tan opuesto como el orbe cristiano fué al mundo gentílico, así al arte gentílico tuvo que ser, y en realidad fué tan opuesto el arte cristiano como lo fueron todos los móviles y actos de la vida individual y social en las generaciones que caen, diría nuestro gran Donoso, del lado acá de la Cruz. Consagrada nuevamente como entonces lo fué por el cielo mismo la morada terrenal del hombre, todo en ella, lo propio el orden físico que el orden moral, fué erigido en nueva ofrenda perpétua de un perpétuo Sacrificio; y nada hubo ya que al torcer de cualquier modo este nuevo rumbo trazado á toda criatura, no violase las nuevas leyes dictadas á todo el orden natural de la humana vida por el mismo soberano Autor de la naturaleza. Lo sobrenatural fué, desde entonces, "la atmósfera, diré tambien con Donoso, de lo

natural"; y toda vida que presumió de ser ó dilatarse fuera de ese ambiente divino, se condenó á esterilidad, á degradacion, y de todos modos á muerte. Desde entonces, en fin, cuando quiera que de explorar se trate si una sociedad progresa ó retrograda en la vía de su perfeccionamiento, no hay que preguntarlo á la estadística de su riqueza ni de su material poderío; no hay que mirar si en ella pululan fastuosos enjambres de filósofos, artistas, repúblicos y guerreros; ni si allí brotan cátedras, aún de maestros verdaderamente insignes, en toda humana disciplina, escuchados por muchedumbre aún de sinceros y asiduos cultivadores de ciencias y artes útiles; no hay que revistar con algazara jactanciosa crecientes falanjes de agudos inventores y hábiles obreros de industrias destinadas á satisfacer necesidades, ó acrecentar comodidades y aún regalos de la vida. Todo esto sin duda forma parte, y aún condicion, si se quiere, de perfeccionamiento individual y social; pero cuando se trate de inquirir en dónde late verdadera vida, pregúntese ante todo si la ciencia y el arte, si la política y la literatura, si la industria y la economía social, son ó no fieles, en sus términos y en sus tendencias, á esa universal consagracion instituida por el Redentor del humano linaje, y asistida por el Santo Espíritu sustancial que va continuamente renovando la faz de la tierra.

Señores: en el juzgar el conjunto de una civilizacion, ó cualquiera de sus trámites, ni á vosotros, ni á mí se nos esconde cuán ajeno sea este criterio histórico-filosófico á las corrientes que inundan hoy si no lo más interno, al ménos lo más ruidoso de la vida social en los pueblos cultos. ¿Quién sabe si del mismo

que pudiéramos estimar grupo amigo en el orden de ciertas ideas trascendentes, no surgirá quien estas mias juzgue inoportuno alarde de misticismo, codicioso de aherrojar las creaciones de la fantasía, y aún todo el vivir humano, vinculándole al objeto específico y al fin propio de la órbita sagrada?

Libreme Dios, señores, de confundir órdenes de vida que tan esencialmente distintos son ante la razón como ante la fé: no seré yo quien gratuitamente borre la línea divisoria entre lo sagrado y lo profano; pero al considerar también lo insolublemente unidos que están en su primer principio y en su fin último, no tendreis por paradójica la voz que allá en lo más recóndito de mi conciencia cristiana, me dice calladamente: En los dominios incomensurables del sér y de la vida; fuera del ponzoñoso abismo de aquellas meras privaciones de verdad y de bien, respectivamente llamadas mentira y mal, ¿qué hay que pueda llamarse profano? ¿Cuál sustancia, cuál vida contiene el universo que en cierto sentido no puedan llamarse sagradas? ¿Por ventura, el origen y la consumacion de todas, no es el Dios que á todas crió, y á quien despues de creadas, se dignó mirar, y vió que "eran buenas?" ¿No es la creacion entera un vastísimo templo dedicado por el mismo Creador á su propio culto? ¿No es oficio de los cielos pregonar su gloria? ¿No se propaga perpétuamente en la tierra el sonido de sus voces? Pero sobre todo, entre las cosas que verdaderamente son, ¿cuál no puede como sagrada estimarse en esta porcion del universo regada con la sangre del Dios-Hombre?

No hay medio: ó cerrar los ojos á los esplendores de la fé, y amortiguar así míseramente los de la ra-

zon, ó cuando quiera que se investigue la suprema norma del arte, como la del ejercicio de cualesquiera facultades humanas, forzoso es partir, del principio absolutamente primero de todo sér y de toda actividad, al fin de los fines, al fin absolutamente último.

Y en llegando aquí, yo, que no quiero mutilar ni la justa libertad del arte, ni otra alguna; yo, que precisamente en la region del arte es donde ménos atados quisiera ver los vuelos del humano espíritu, aún en los dominios propios de esa region tengo por atinada regla de éxito feliz comenzar preguntándome, con un poeta cristiano:

"Yo, ¿para qué nací? Para salvarme;"

y como él, concluyo, humillado por lo mal que me someto al dictámen imperativo de mi propia conclusion:

"Loco debo de ser, pues no soy santo."

Mostraros erigida sobre esta índole de fundamentos una teoría completa del arte, sería empeño superior, por de pronto, á mis fuerzas, y además excedería el natural espacio de una disertacion que yo quisiera avalorar con el mérito, al ménos, de ser breve. Dignaos, pues, señores, recibir como tema del presente discurso algunas ideas, á mi entender, útiles, y aún oportunas, acerca de aquella teoría, tal y como yo la concibo al mirarla por sus aspectos más prominentes.

El concepto genérico del arte, aceptada esta voz en el sentido que hoy la usa un neologismo enfático, abraza en su órbita indefinida todo esfuerzo del ingenio humano encaminado á expresar con forma sensible alguno de los innumerables modos y grados de belleza ideal. Como se ve por esta que no me atrevo á llamar definicion del arte, supónese aquí existente en lo que Dante Alighieri llamaria *el gran mar del sér*, un término real objetivo á que se endereza toda obra artística, ó sea un modelo único y universal, de quien todas ellas tiendan á ser otros tantos ejemplares.

Este arquetipo es, en efecto, aquel órden ó modo eminente de perfeccion, aquel enigma deleitoso, entrevisto por toda humana criatura, indescifrable sin embargo para la tierra, y áun cuya plenitud no puede ser concepto ádecuado á ninguna inteligencia finita; en resúmen, aquel misterioso atributo del sér, á quien damos genéricamente el nombre de "belleza".

Misterioso y todo como es este atributo, él constituye materia propia y específico objeto final del arte. ¿Cómo, pues, extrañar que el arte sea en sí mismo un gran misterio? Su oficio, si bien se mira, es dar forma y cuerpo á vagos y fugitivos fantasmas, evocar del abismo de las sombras realidades que sobrexciten con insólita energía el sentir, el pensar y el querer del mágico prodigioso que las evoca, y del encantado espectador que las contempla. Y áun por esto, la filosofía vulgar, con uno de sus atisbos á veces tan agudos, entre todas las producciones del humano espíritu, sólo á las obras de arte honra con título de "creaciones".

Pero este pomposo título, bien lo sabeis, señores,

no es más que una metáfora muy atrevida. Ni el hombre, ni causa alguna finita pueden, propiamente hablando, crear nada; por su misma esencia les está negado producir sustancias y suscitar vida en sér alguno: bástele á la criatura inteligente el dón altísimo de compartir, en cierto modo y hasta ciertos límites, la absoluta soberanía del Creador, ejerciendo esta especie de ministerio responsable que le ha sido adjudicado en el mundo de las formas, aplicando libremente su actividad al cumplimiento de leyes necesarias. Al artista parece habersele otorgado, por añadidura, el privilegio de penetrar con intuición como de adivino aquellas recónditas moradas del sér y de la vida que él sondea, por decirlo así, de oficio en la ilimitada perspectiva de la belleza ideal. Privilegio en verdad costoso, pues lo que esa perspectiva tiene de ilimitada, eso mismo tiene de hartó ménos explorable que lo es el imperio de la verdad para el filósofo especulativo, y que lo son para la conciencia moral de todo hombre los dominios del bien.

¿Cuál es, en efecto, la esencia íntima de la belleza? ¿Cuáles notas la denuncian con inequívoco señalamiento? Si es mero ente de razón, ¿cómo es poderoso á causar tan vivos y universales efectos en el mundo de las realidades? Y si es una realidad, ¿á cuál de las facultades humanas, á cuáles fenómenos de la naturaleza, ó á cuáles obras del hombre hemos de interrogar para que en fin nos revele con autoridad indiscutible su profundo misterio?

Á estas preguntas el oráculo vulgar, con desenfado escepticismo, en él no comun, responde que "á quien feo ama, bonito le parece", y que "sobre gustos, nada hay escrito". Podrá ser veraz el primero de esos

adagios; pero en cuanto al segundo, es tan mentiroso que desde Sócrates acá, si no antes, metafísicos y retóricos han ido tomando á pechos inquirir si en el orden de la realidad hay ó no algo que todo el mundo entienda decir cuando cualquiera dice: "esto es bello". Y áun para descifrar este perpétuo enigma, el criticismo presuntuoso de nuestro siglo, en su invectario judicial de todas las lucubraciones de los siglos pasados, ha constituido una ciencia especial, á quien, no sin protesta de varios peritos, apellida él *Estética*. Los que á esta ciencia, si tal es por separado, han apadrinado en su pila de bautismo, resuelvan allá si le cuadra ó no aquel nombre: en cuanto á mí, considerando su objeto, que es lo importante, os declaro por de pronto, con frase del Kempis, que mejor quisiera sentirle que saber definirle; mas no pudiendo aspirar al blason de artista, dadme licencia de fantasear un rato á guisa de filósofo, rondando el concepto absoluto de la belleza, y procurando hablar sobre materia tan abstrusa idioma que entienda todo el mundo.

Participadas de aquella máxima realidad que es el único Sér por esencia, y á quien damos el sacrosanto nombre de Dios, posee todo sér propiedades que los filósofos llaman trascendentes, por cuanto no hay sér á quien no convengan: tales son la unidad, la verdad y la bondad.

En efecto; por virtud de su misma realidad, participada del Sumo Sér Realísimo, y que es fundamento absolutamente primero de las perfecciones de

todo sér, cada cual de ellos es primeramente indiviso en sí; posee con propiedad exclusiva, si cabe así decirlo, su entidad; no puede simultáneamente ser él mismo y otro, ni de su misma especie ni de otra alguna; en resúmen, es uno é idéntico á sí mismo. Si en lo posible cupiera que así no fuese, tornaría-se imposible, no sólo el saber lo que es cualquier cosa, sino ni aún si alguna cosa es, pues en tanto conocemos el sér de cualquiera en cuanto conocemos su esencia determinada, y claro está que determinada no podría mostrárenos la esencia de cosa alguna si el sér de cada cual de ellas, ó sea el fundamento mismo de su respectiva realidad, pudiera ser vário, es decir, no permanente, no inmutable, y por tanto, no indiviso en sí mismo. La unidad es, por consiguiente, atributo tan esencial del sér como que en realidad se confunde con el sér mismo; y aún así lo proclama la Escuela en su conocido axioma ontológico: "Todo sér, en cuanto tal, es uno."

Así como en este esencial atributo muestra ya sellada cada sér la imágen del que es Unidad simplicísima, lleva también así en su propia realidad la copia fiel del respectivo modelo ideal, eterno arquetipo en la mente de Dios. Pues mirado por este aspecto, el sér, en quien primeramente no hemos contemplado sino su propiedad absoluta de indiviso en sí, y por consiguiente idéntico á sí mismo, se nos muestra dotado de otra, no ménos esencial, pero ya informada, permítaseme la frase, de cierta relacion implícitamente supuesta en el concepto de lo verdadero. Afirmar, en efecto, de cualquier cosa que es verdadera, vale tanto como decir, no sólo que en sí misma se adecua real y totalmente á los atributos constitutivos de su

esencia, sino tambien, y con lógica prioridad, á su forma típica subsistente *ab aeterno* en el entendimiento divino, y por último, al ideal irradiado de aquel infinito foco de inteleccion en las inteligencias finitas. Cuando quiera, pues (digámoslo de pasada), que explícitamente afirmamos la realidad de cualquier cosa, implícitamente afirmamos, no sólo una Verdad Suma, en quien todas las cosas tienen su razon de ser verdaderas, sino tambien la veracidad de una Sabiduría Infinita, que no puede engañarse, y de un Amor Infinito, que no puede querer engañarnos.

De estos dos esenciales atributos del sér hasta aquí enumerados, el de la unidad merece, por su más inmediata conexion á la teoría que sobre la belleza voy prosiguiendo, alguna contemplacion anticipada.

La unidad, por de pronto, es principio inmediato de toda variedad, pues en tanto efectivamente son y conocemos como várias las cosas en cuanto se refieren á una razon ó tipo comun, en el cual son y se muestran distintas; por ejemplo, las especies respecto de cada género, ó los individuos respecto de cada especie. Pues bien, sin definir todavía el concepto abstracto de la belleza, digamos por adelantado que la razon comun de todo cuanto percibimos como bello, es siempre alguna variedad irradiada de un correspondiente centro de unidad, ó lo que tanto vale, alguna especie de unidad generadora de variedad correspondiente. Repitiendo, pues, la doctrina ya bosquejada por San Agustin al par de las más autorizadas filosofías especulativas, admitamos desde luego que la unidad fecunda y la variedad harmóni-

ca, si ya no constituyen la esencia misma de la belleza, son al ménos una propiedad suya esencial, ó condicion absolutamente necesaria.

Pero sin duda el concepto íntegro de la belleza tiene mayor extension de la que percibimos en estas sus notas características, pues más de una vez le formamos, al parecer, fuera de ellas. Por ejemplo, bello apellidamos con propiedad el espectáculo de las ruinas de una ilustre abadía ó de un castillo famoso; y ciertamente lo que allí nos mueve á pronunciar aquel juicio, ó sea lo que suscita en nosotros aquel sentimiento, lejos de ser consonancia, órden, proporcion, en suma, variedad harmónica, son por el contrario disonancia, desórden, desproporcion, desharmonía. En que aquel espectáculo es bello, y en que no pecamos contra la propiedad del lenguaje al calificarle así, no cabe duda, pues que produce en nosotros dos efectos naturales de la belleza, uno recrearse en él nuestra contemplacion, otro difundir en nuestro ánimo suave melancolía. ¿Deduciremos de aquí que lo disonante, lo desordenado, lo desproporcionado é inharmónico puedan ser por sí fuente de belleza? No en verdad; y sin embargo, aquellas ruinas donde todas estas notas concurren, de tal manera que ellas constituyen cabalmente la esencia del espectáculo, suscitan en nosotros el sentimiento de lo bello. ¿Cómo así?

Indiquemos la solucion de este enigma. Aquel monton de piedras negruzcas, desmoronadas y medio escondidas bajo la túnica de musgo, zarzas y fango que á trozos le reviste, no es en sí ciertamente espectáculo bello; pero el alma templada para perseguir en sus reductos más escondidos la belleza ideal, sorprenderia ó adivinaria en él analogías misteriosas y cone-

xiones peregrinas. El cantor de las *Ruinas de Itá-*
lica vería que aquel

"..... despedazado anfiteatro,
Impio honor de los dioses, cuya afrenta
Publica el amarillo jaramago.....
¡Oh fábula del tiempo! representa
Cuánta fué su grandeza, y es su estrago";

en suma, por bajo, y aún mejor dicho, por encima de aquella variedad materialmente inharmónica, el entendimiento columbra y la conciencia presiente la grandiosa unidad de aquella ley eterna que tiene condenadas á muerte las obras del hombre, y tras ella lo precedero de todo este mundo visible, y despues el fin absolutamente último de nuestra vida que ha de consumarse en la unidad inmortal del que es Sér por esencia.

Este aspecto de nuestra investigacion, poniéndonos delante el concepto genérico de la finalidad, ley universal, y por consiguiente comun á todo sér y á toda vida, nos lleva como de la mano á definir la tercera de las propiedades esenciales que á todo cuanto es convienen.

Y cierto que para percibirla no son menester las abstrusas exploraciones á que nos condena el flamante empirismo positivista, pues bien claramente se denuncia ella, no sólo en las cosas visibles á nuestros ojos carnales, sino tambien, y aún acaso mucho más, en aquellas otras "de Dios, invisibles", diré con San Pablo, "áun su eterno poder y su divinidad, que se "han hecho visibles despues de la creacion del mundo, por el conocimiento que de ellas nos dan las

"criaturas" (*ad Rom.* I, 20). ¿Cómo, por cierto, no ver que ninguna de éstas es principio ni término absoluto de sí misma, sino que cada cual se refiere ciertamente á otras, ya sea con la relacion de efecto á causa, ya con la de medio á fin? Al observar despues este proceso continuo de relaciones entre todas las realidades que conocemos, ¿cómo no inferir que igual existe entre las innumerables que á nuestra limitada percepcion se esconden? ¿Cómo, por último, no deducir de aquí la existencia real de un todo harmónico, el cual, no teniendo en sí mismo razon suficiente de su sér, ni por consiguiente de su armonía, no puede ménos de referirse á una causa universal absolutamente primera, y á un fin universal absolutamente último?

El sentido comun, pues, y la experiencia nos dan testimonio de que, primeramente, cada realidad finita posee especial aptitud y perfeccion singular, ó sea, está ordenada en sí misma para ser término completo de otra; y además, que en esto y por esto mismo, es anillo de la cadena inmensa de mútuas relaciones llamada órden universal, estatuido *ab eterno* por una Realidad infinita, en quien todas las finitas logren el complemento de sus respectivas perfecciones propias. Este aspecto del sér de las cosas, entendemos significar al llamarlas *buenas*.

Junto, pues, con la unidad, fundamento primario de todas las propiedades y perfecciones de toda criatura, y vestigio inicial, digámoslo así, de la esencia simplicísima del Creador, posee cada cual, como esenciales atributos, la verdad y la bondad: lo primero, en cuanto es conforme al respectivo ejemplar eternamente arquetipado en el entendimiento del

Infinito Sér, que es Verdad por esencia; y lo segundo, en cuanto es conforme al querer del Ordenador Supremo, que es por esencia Bondad. Y como quiera que los términos Creador y criatura, ó sea Infinito y finito, agotan el concepto de toda realidad, proclamemos con todos los filósofos como absoluto axioma: "El sér es uno, verdadero y bueno"; pero no olvidando notar que, según todas las escuelas espiritualistas, y señaladamente, por tanto la cristiana, esos atributos esenciales no pueden predicarse unívocamente del Sér Infinito y de los séres finitos, pues allí están siendo absolutamente uno con la esencia divina, mientras aquí no son sino participaciones de la Verdad y de la Bondad Sumas, así como su misma realidad no es sino participación de la Realidad Infinita.

Señores: el acto mismo de explorar y definir las tres enumeradas propiedades esenciales del sér, prueba la existencia de otra no menos trascendente, que en ellas se incluye, y aún por esto sin duda no la distinguen los filósofos con mención singular. Refiérome á la esencial aptitud que por el mero hecho de existir, posee todo sér á manifestarse, á salir como desprendido del profundo seno de su propia realidad para constituirse en término de conocimiento, en objeto inteligible. Considerada en razón á este intrínseco atributo, cada criatura, por su mera presencia, viene á ser palabra que pregona la realidad de su verdad, así como en lo permanente de su esencia, pregona la unidad de su sér, y últimamente, por su visible per-

pétua conexión á otras criaturas, de las cuales y para las cuales es fin respectivo, va dando claro testimonio de su bondad. Espontáneamente, pues, y por nativa energía de su sér mismo, cada criatura va como imprimiendo en nuestra mente el sello de las notas exteriores en quien se manifiestan aquellos sus atributos esenciales.

Á este que llamaria yo acto primo de la inteligibilidad de las cosas, corresponde otro idéntico de nuestra inteligencia, limitado á conocer la nuda esencia del objeto percibido. Pero nuestra inteligencia es eminentemente activa, y no puede reposar en aquella mera noticia que el objeto le ha dado de sí propio: ella le ha visto, sí; mas esta mera intuición no la satisface; necesita poseerlo, hacerlo en cierta manera suyo; pero como él ya la dió todo lo que de sí podía darla, ella tiende á buscar fuera, ó más bien, por encima del objeto mismo, algo que se lo explique, algo por donde, ya aprendido, pueda también comprenderlo.

Este es el instante en que nuestro espíritu se remonta ambicioso de sorprender, si tanto pudiera, el profundo arcano de la esencia íntima de las cosas, y ya que esto no alcance, por imposible, á investigar siquiera sus causas y sus fines respectivos. Á poco ayudado que el espíritu sea entonces por la cultura, se le hacen tan manifiestos como cabe en inteligencia finita los referidos atributos esenciales del sér. Manifiéstansele efectivamente, primero en cada criatura, y despues en el universo visible, por toda una série continúa de existencias individuales, de causas segundas y de fines correlativos, cuya contingencia y sucesión mismas le inducen á presentir, cuando mé-

nos, junto con la necesaria existencia de un fin universal, absolutamente último, la de una causa necesaria también, y universal, y absolutamente primera, principio extrínseco de toda realidad finita, y perfectísimo arquetipo sustancial de todo lo uno, de todo lo verdadero y de todo lo bueno.

Esta labor incesante de nuestro espíritu; este su afán congénito de penetrar cuanto hay más interno en la naturaleza de las cosas, y el subsiguiente conocimiento gradual que de ellas adquirimos, son, á mi entender, los generadores más inmediatos de este impulso que nos mueve á proseguir allá en cierta zona indefinida un dechado de perfección, de orden, de armonía, de felicidad, y un centro donde estos vagos ideales de nuestra mente, anublada por los vapores de la tierra, sean realidades consumadas.

Pues bien, señores; cuando quiera que nuestro espíritu vislumbra una imagen representativa de esos ideales, más ó menos activos en la inteligencia y en el corazón de todo hombre; cuando en cualesquiera espacios del sér y de la vida, ora de suyo, ora como apremiada por nuestro insaciable prurito de saber y de gozar, se nos muestra una tendencia que se encamina al tipo y centro real de perfección bosquejados en nuestro presentimiento; cuando quiera, en suma, que se nos manifiesta el sér de cualquier cosa, ora por un estado, ora por un movimiento poderosos á interrumpir de alguna manera la cadena de dolores con que vive amarrada nuestra mortalidad á lo limitado y á lo imperfecto; allí se realiza un modo y un grado de belleza.

Nada nuevo presumo de enseñar con esta teoría, pues en resúmen es la misma del angélico doctor y

de toda su escuela, cuando definen que "bello es lo que percibido, nos deleita; lo que visto, nos agrada; lo que, en el hecho y por el hecho de dársenos á conocer, aquieta nuestro apetito racional". Con que, en definitiva, la noción específica de lo bello, no tanto se refiere al sér considerado en sí mismo y en la suma de sus perfeccionés, como, por una parte, al acto en el cual y por el cual se nos hacen manifiestas, y por otra parte, al efecto deleitoso causado en nuestro ánimo por ese acto mismo.

Pero sin negar exactitud á esta noción de lo bello, pareceme que algo importantísimo la falta, y es la de su fundamento real. Resta, sin duda, inquirir cuál sea la sustancia de quien se engendren esos fenómenos cuya presencia, percibida por nuestra mente, nos induce á revestir la nuda esencia de un sér con esta especial forma que llamamos la belleza. ¿Despojaremos á esta forma de todo valor objetivo, entregándola así indefensa á los antojos del espíritu humano, para dejar campo libre á las depravaciones del buen gusto y del sentido moral? No ciertamente. De tal manera la noción de lo bello tiene fundamento real, como que lo son las perfecciones mismas del sér, considerado cabalmente en sus tres enumeradas notas constitutivas.

Apúrese, en efecto, cuanto se quiera el análisis de esas perfecciones, y ninguna se hallará cuyo principio inmediato, y áun cuya sustancia misma no sean la unidad, la bondad y la verdad. Ciertamente, si en cualquier orden de cosas, perfecta no ha de llamarse sino la que íntegra y actualmente posea las realidades propias de su naturaleza, condición y fin, claro está que no puede ménos de adecuarse y proporcionarse á los que son

esenciales atributos de toda realidad, y que éstos, por el mero hecho de ser tales, han de contener, virtualmente siquiera, todo cuanto constituye la perfección de cualquier cosa. Con que, si fundamento real de la belleza son las perfecciones del sér, y éstas de hecho se compendian, y aún mejor dicho, se resuelven en los atributos esenciales del sér mismo, tenemos que en definitiva estos atributos constituyen el valor objetivo, ó sea fundamento real de lo bello.

Y aún así lo proclaman implícitamente las várias escuelas filosóficas que no tanto han descubierto como explorado esa inconmensurable comarca del humano espíritu, siempre por algun lado oscura y misteriosa. El antes citado angélico doctor, siguiendo á San Agustín, el cual ya en esta parte era eco de la doctrina aristotélica, nos dirá que lo bello "consiste en la debida proporcion"; ó sea, como lo entienden todos los comentadores, en la ordenada contextura de lo uno y de lo vário; Platon nos dirá que la belleza es "el esplendor de lo verdadero"; y últimamente, la filosofía cristiana, por todos sus oráculos, nos dirá que lo bello y lo bueno son en realidad una misma cosa, mirada por dos aspectos distintos.

¿Cuáles son estos dos aspectos? Los mismos cabalmente por quien la noción específica de lo bello se distingue, no sólo de la de lo bueno, sino tambien de la de lo verdadero; es decir, por la especial facultad con que percibimos en la unidad de cada sér estos sus varios atributos, y por el modo singular con que su respectiva percepcion afecta las várias facultades de nuestra alma una.

Y ¡oh, cuán admirable espectáculo se nos ofrece aquí de la insoluble lazada que une los abismos de la

realidad, la íntima esencia, digo, de las cosas, con este otro abismo, no ménos vasto y profundo, en que reside, jamás íntegramente penetrado, el misterio del conocer! La trinidad de atributos, verdadero, bueno y bello, que nuestra mente concibe como distintos, pero que realmente se identifican en la esencia una del sér á quien constituyen, sellada la veremos en la variedad de actos correspondientes á las várias potencias de nuestra alma una. De la unidad de cada sér, tan visiblemente impresa en la de nuestro espíritu, despréndense, como de perenne foco, tres rayos, términos respectivos de nuestro pensar, de nuestro querer, y de este nuestro sentido interno que llamamos conciencia. En cuanto verdadero, el sér es adecuado objeto de nuestra inteligencia; en cuanto bueno, lo es de nuestra voluntad; y por último, en cuanto se nos manifiesta, ora espontáneamente, ora por arte humano, revestido de perfecciones que, segun ya hemos dicho, se resuelven en los atributos esenciales del sér, unidad, verdad y bondad, suscita en nuestro ánimo aquella delectacion que es término propio y específico del sentido de lo bello.

Contemplad ahora, señófes, cómo aquí se esclarece y se eleva el concepto de aquella imágen y semejanza de sí mismo que Dios quiso poner en nuestra naturaleza racional. La verdad que nosotros entendemos finitamente, es la misma que Dios entiende por acto infinito; el bien que finitamente amamos, es el mismo que por acto infinito ama Dios en sí propio; y luego, aquella deleitosa quietud que nuestro espíritu logra en la verdad entendida y en el bien amado, dilatándose por cualesquiera confines en que vislumbramos aún, la sombra de una perfeccion, reflejo es

de aquel inefable gozo con que Dios se agrada en sus perfecciones infinitas.....

¡Oh! ¿Para qué ya inquirir en el siempre oscuro recinto de abstrusiones filosóficas la esencia de lo bello? Permitid, señores, á quien como yo nada presume de filósofo, pero algo siente en sí de poeta; permitidme concluir, no como quien define, sino como quien canta, que belleza es todo acto del sér, en cuanto tiende á suscitar, mantener y purificar en nuestro limitado espíritu ese reflejo de la complacencia divina.

Á Dios predica la unidad, á Dios predica la verdad, á Dios predica la bondad intrínsecas y esenciales del sér. Nuestra exigua comprension necesita, es cierto, distinguir entre vários órdenes de belleza, como lo necesita entre vários órdenes de verdades y entre vários órdenes de bienes; pero en sí la belleza es una, como una es la verdad, y como uno es el bien. Dígalo, cuando no otro oráculo, esta nativa tendencia de nuestro espíritu á buscar absoluto reposo en una suprema unidad sustancial que realmente sea causa, centro y tipo de cuanto es uno, verdadero y bueno. Dígalo esta jornada perpétua de nuestro sér racional y moral, que San Buenaventura llamaria "itinerario de la mente á Dios", en cuyo indefinido proceso el alma no tanto entiende como adivina, junto con el principio mismo de toda realidad, un consumado modelo de todas las perfecciones posibles: Unidad simplicísima, de quien procede y en quien se aduna sin confundirse toda variedad; Entendimiento infinito, no ya solo morada eterna, sino fuente única de todo lo inteligible; Verdad Suma, que á todos los entendimientos finitos irradia toda la que les es dado conocer en cualesquiera órdenes de verdades; Bon-

dad Suma, en fin, eternamente engendrada del Amor Sumo, que no satisfecho de gozarse en sí propio, difunde en sus criaturas mucho más bien que basta para hacérselas amables, y mientras á ellas ordena mostrársenos ataviadas con todos sus esplendores, á nosotros da cuanto necesitamos para percibir las, y entenderlas, y amarlas, y gozarnos también en ellas.

Si ahora me preguntárais, señores, qué sea el ideal de lo bello ó la belleza ideal, es, os respondería yo, el conjunto harmónico de todas estas aptitudes y actos respectivos de las criaturas, en cuanto á unirse tienden con su Creador: es aquella plenitud de perfecciones que si en nuestro limitado espíritu no existe sino como puro concepto de la razón, y fantasma vago de un sér á quien nada falta, reside con eterna realidad en el Sumo Sér Realísimo, que por el acto mismo con que infinitamente se conoce á sí propio, y se ama como principio y fin absoluto de cuanto es uno, verdadero y bueno, gózase también en sí propio; y al conocerse y gozarse, erige eternamente en sí el arquetipo real y sustancial de Belleza.

Aquí habíamos de parar, y aquí efectivamente enderecé yo este mi pobre discurso desde la primera palabra. Y en verdad, señores, que tratándose de escudriñar la esencia de lo bello, era como imposible, sobre todo para una mente cristiana, no entrever al fin de sus investigaciones una sombra de aquella que San Agustín llamó "hermosura siempre antigua y siempre nueva". A Dios hemos encontrado, como no podía ser ménos, en el término de esta jornada; y

áun durante ella, si por dicha mia hubiese merecido vuestra benévola atencion, habreis entrevisto como rondando mi itinerario vislumbres y semblanzas que ni áun á indicar me atrevo, fundadamente receloso de dar un traspié en el erizado sendero de la dogmática y mística teología. Buscando en los dominios de la realidad fundamento sólido al ideal de la belleza, y divisándole, como yo he intentado exponer que lo está, en los tres definidos atributos esenciales del sér, veníanse de suyo á mis oídos los ecos de aquella sagrada litúrgia donde se cantan loores al "Eterno Padre Omnipotente, que con el Hijo y con el Espíritu Santo es un solo Dios y un solo Señor, no en singularidad de una sola persona, sino en Trinidad de una sola sustancia". Tras ésta, no os negaré que mi fantasía, de suyo mal refrenable, ha ido columbrando várias otras analogías del mismo órden; y áun á deciros todo mi sentir, pienso que en rigor, la teoría total sobre la belleza es esencialmente mística.

Circúndanla tan apretadamente, á mi juicio, las cosas del órden sobrenatural, que desviarla de ésta su propia atmósfera para secuestrarla en el gélido recinto de la mera especulacion, me parece como dejarla sin luz y sin vida. No digo yo que sea ilegítimo, ni tampoco inútil á los progresos del arte investigar á manera de filósofo los fundamentos racionales de lo bello; pero estimo que sus últimas razones, para nuestra pobre inteligencia viadora, quedaran siempre escondidas en esta especie de camino cubierto por donde le es forzoso trepar al sacro monte de la luz perpétua y del eterno descanso. Mientras aquí no se llegare, por mucho que se la explore, la belleza

es y seguirá siendo misterio cuya oscuridad no puede ser iluminada sino como la de todo misterio lo es, únicamente en parte, por la luz crepuscular que de otros misterios se refleje.

Singular contraste, por cierto, me ocurre entregar aquí á vuestra jurisdiccion de críticos y de artistas. Segun las doctrinas filosóficas antes bosquejadas, entender y reposar con fruicion en lo entendido, constituye en sustancia la nota específica de esta forma del sér, llamada belleza. Pues bien, señores, ¿quién de vosotros, peritos como sois tan abonados en materia de arte, ignora dos efectos constantes y simultáneos que toda verdadera alma de artista sentirá concurrir en la percepcion de lo bello? Comprendiendo bajo el nombre comun de belleza todos los modos y grados con que á nuestro espíritu se revela este aspecto del sér, ¿no es verdad, señores, que ninguno hay, desde el sublime hasta el jocoso, en quien no se nos esconda un algo indefinible, esquivo al más agudo análisis, y que parece guardar avaramente para sí la última explicacion del por qué nos deleita? ¿No es verdad tambien, sin embargo, que precisamente causa la más activa de nuestra fruicion es por lo comun esa misma virtud impalpable y secreto influjo del objeto contemplado? Es decir que, siendo y todo el entender nota esencial constitutiva de nuestra percepcion de lo bello, resulta que motor principal del gozo suscitado en nuestro ánimo por el objeto percibido, es cabalmente un algo de él que no entendemos.

Pues ahora notad otra contradiccion no ménos extraña. Poetas y artistas nativamente consagrados á cultivar el verjel incomensurable de lo bello; almas

todas, nacidas ó formadas para sentir vivamente el misterio de ese encantador enigma, ¿no es verdad que allá en el horizonte sensible del más puro y vivo deleite suscitado en vosotros por la percepción ó contemplación de cualquier belleza, se cierne de ordinario un como vapor de suave melancolía, que tiene algo del ánsia, y algo del remordimiento? ¿No es verdad que por entre esa misteriosa nube de dolor ondulante en la región misma del placer, preguntáis, como gimiendo, á cada belleza contemplada: ¿por qué no te nos descubres toda? y luego preguntáis á vosotros mismos: ¿por qué, sintiéndonos con tanto brío para perseguirte, nos falta siempre vigor para alcanzarte? Es decir que, siendo y todo la quietud deleitosa, junto con el entender, nota esencial y constitutiva de la percepción de lo bello, cada belleza contemplada turba y empaña nuestro ánimo con un vaho de tristeza.

Misterio intrínseco de lo bello: ¿cuál eres tú sino aquel mismo fundamental de todos, por quien se nos esconde la íntima esencia de todo sér en el océano insondable de aquel *Dios escondido*, que es Belleza Suma? Y á tí, misterio de la percepción de lo bello, ¿cómo intentar explicarte sino tal vez por aquel otro que, inexplicable en sí, es única explicación de todas las contradicciones de la vida humana?

Por culpa de un solo hombre se hizo contradictoria la naturaleza de todos los demás. Con porfiado lamento lo confesará el humano linaje. De las entrañas mismas del escepticismo pagano, que nada sabe del verdadero Dios, y muy poco sobre la nativa condición del hombre, nos dirá el uno, con la voz de todos los demás, que á toda hora "está viendo lo mejor y apro-

bándolo, y sin embargo sigue lo peor". Otro, denunciando en cláusula terriblemente compendiosa los vuelcos de nuestra razón y los demayos de nuestra voluntad, nos dirá también humillado: "Hombre soy, y nada humano tengo por ajeno de mí". Harto mejor iluminado ya por los fulgores de la Cruz, uno entre los predilectos de aquel Dios que, en cuanto hombre, sintió su espíritu pronto, pero su carne flaca para padecer, nos dirá, recogiendo el grito universal de la humana conciencia: "Lo que hago, no lo entiendo, "porque no hago lo bueno que quiero; mas lo malo "que aborrezco, eso hago"; y aún el mismo oráculo añadirá, rematando el cuadro de esta universal degradación, "que todas las criaturas gimen con dolores "como de parturientas". (San Pablo, ep. á los Rom., c. VIII, v. 22).

En suma, estamos habitualmente descontentos de la realidad en que vivimos, y hasta queriendo creer que no tiene de tal sino las apariencias; pero sea lo que fuere, á todos nos angustia, y es para todos aguijón perpétuo del ánsia de mudarnos. Cada cual de nosotros entiende ¡ay! harto bien la querrela de aquel poeta incomparable que del arpa de David aprendió el secreto de las tristezas sublimes, y con él exclama:

 "¿Cuándo será que pueda,
Libre de esta prision, volar al cielo;
..... y en la rueda
Que huye más del suelo,
Contemplan la verdad pura sin duelo?
 Allí, á mi vida junto,
En luz resplandeciente convertido,

Veré distinto y junto
 Lo que es y lo que ha sido,
 Y su principio propio y escondido.

.....
 Morada de grandeza,
 Templo de claridad y hermosura:
 El alma que á tu alteza
 Nació ¿qué desventura
 La tiene en esta cárcel baja, oscura?"

Aquí tenemos bellamente bosquejado cuanto descubrir cabe del misterio intrínseco de la belleza, y de los misteriosos contrastes que su percepción obra en nuestro ánimo. Plácenos todo lo nuevo, y todo lo desconocido nos atrae, cabalmente porque es nuevo, y porque es desconocido. Lo primero es una como protesta involuntaria contra la realidad que de ordinario nos rodea; lo segundo es instintiva expresión del vértigo que nos mueve á traspasar el angustioso cerco de realidad tan importuna. De aquí la constante atracción de nuestro espíritu hácia todo lo misterioso; de aquí el singular hechizo con que todo lo insólito nos subyuga, precisamente porque en cierto modo nos liberta de esa realidad; y de aquí también sin duda el que ese algo indefinible, escondido siempre en las entrañas de cuanto percibimos como bello, sea incentivo principal de nuestra fruición subsiguiente. Ésta sí, nos dice entonces nuestra conciencia, como sorprendida por aquella ráfaga de placer; ésta sí, que debe ser la realidad, y no la que decoro yo con tan usurpado nombre; el objeto que ahora contemplo, me levanta sobre mí propio: luego algo hay en él no perteneciente á la rastrera sombra que llamo yo la

vida; algo que, como silencioso prelude llegado á mí desde alturas á donde la vista mortal no alcanza, me promete sin dolo que

"Este mundo es el camino
Para el otro, que es morada
Sin pesar":

Pero siendo esto así, ¿de dónde el vago cerco de tristeza que á deshora siento cernerse en el extremo horizonte de mi gozo?... ¡Ah! ya lo entiendo: el misterio mismo con que esa belleza me atrae, viene á ser medida que tasa mi ascension á lo infinito, y notificacion de que me es forzoso recorrer de grado en grado, es decir, de dolor en dolor, la escala puesta por Dios entre la tierra y el cielo para llegar al trono donde veré la belleza ya no velada por nube alguna. Sube, sube, corazon mio, no te poses ahí: la hora de la luz perpétua y del eterno reposo no ha sonado para tí todavía; suspira, pues, gime; lánzate denodado á cumbre más luminosa; pero sólo á fuerza de lágrimas consumarás aquella série de ascensiones que segun el Real Profeta, dispuso Dios en tí; osa enhorabuena caminar de virtud en virtud; cierto, sobre esa belleza hay otra, y otra sin fin, hasta el pináculo de la Belleza. Sube, sí; pero ¡ay! entre tanto.....

Este hervidero del corazon, señores, es doloroso de suyo; como lo es la experiencia de la vida que le alimenta. Cada belleza que mi espíritu percibe, sin duda es un divino reflejo, y como divino, al pronto me alegra, porque es luz, y luz procedente del inextinguible foco de toda alegría. Pero tambien sus rayos alumbran mi cárcel. Con aquella primera intuicion,

adivino hermosuras inefables, escondidas tras aquel
ya en sí hermoso cielo que miro

"De innumerables luces adornado";

pero mis pupilas son flacas para tamaño esplendor;
mis párpados se pliegan como oprimidos por el peso
de la carne, y sin poderse volver, se humillan

".....hacia el suelo,
De noche rodeado,
En sueño y en olvido sepultado";

y juntos entonces con misteriosa lazada,

"El amor y la pena
Despiertan en mi pecho un ansia ardiente;
Despiden larga vena
Los ojos hechos fuente";

y soy para mí propio un enigma, en cuya turbulenta
profundidad riñen placer y dolor batalla indescifrable.

Con poetas y artistas hablo. Ellos conocen bien el
proceso de estas inopinadas tempestades que surgen
allá en los más oscuros senos del espíritu consagrado
á perseguir el ideal de la belleza. ¿Quién como vos-
otros ha sentido el vago ondular de ese fantasma que
perpétuamente se desliza de vuestras manos cuando
más cerca os juzgais de prenderle? ¿No es verdad,
que habitualmente vuestras almas viven, más que

otras, como oreadas por un tornasolado ambiente de melancolía? ¿Y cómo no? Más que el filósofo, y aún á par del santo contemplativo, sabeis medir con intuición perspicaz la distancia entre la tierra y el cielo. Penseis ó no en ello, supuesto es de vuestra misma profesión que esta vida no es la vida.

Pues bien, señores; al par que poetas y artistas, sois cristianos; y cuando no el mero instinto de vuestras nativas aficiones, vuestra fé os diría que al proseguir el fugitivo fantasma de la belleza ideal, tendéis á la realidad máxima de Aquél que definiéndose á sí propio, dijo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida; Yo soy el que soy", el Sér por esencia: Yo soy todo lo bello, y aún toda la belleza; porque soy Unidad en quien se consume todo; Verdad, por quien la tiene todo lo que es verdadero, y Bondad, en quien todo amor logrará el fin de sus ánsias.

Quiero acabar por donde he empezado, señores. Este inagotable manantial de hermosura es, digámoslo valerosamente con su nombre propio; es el que la Fé nos propone; es aquel Jesucristo, de quien son, en quien son, y por quien son todas las cosas: de Él y por Él tienen todas, junto con el sér primero, la unidad que fecundas las hace de variedad concertada, y la verdad que las hace inteligibles, y la bondad que las hace amables: de Él, por consiguiente, han recibido todas su primero y máximo fundamento de sér y de mostrársenos bellas, por cuanto en Él se nos hacen manifiestas por eminente modo. Verbo Eterno del Eterno Padre, Dios hecho hombre en las inmaculadas entrañas de una Madre Virgen, aduna en sí con inefable consorcio la plenitud de las perfecciones esenciales del Infinito, y por consiguiente, todas las

que, de Él participadas, se reflejan en lo finito. Sus Profetas le antevieron el más hermoso entre los hijos de los hombres; venido á la tierra, le proclamaron sus ángeles gozo magno al universo. Divinamente bello se mostró en el fulgor de sus glorias, y aún más divinamente, si cabe así decirlo, en el horror de sus abyecciones. Como realidad típica de belleza ideal, osténtase perpétuamente, y hasta el fin de los siglos, en el universal imperio de aquella Reina que á la diestra de su divino Esposo antevió David sentada con áurea vestidura y adornos de variedad maravillosa; esta Iglesia, digo, fecunda madre de santos, tan bellamente una por su fé, por su doctrina y por sus Sacramentos; tan rica y visiblemente bella por la harmónica variedad de su gerarquía, de sus Ritos, de sus Liturgias y de sus pompas, á cuyo esplendor ella consagra cuanto es en todas las criaturas bello.

Sí, pregonémoslo, repito, valerosamente: como la Religion cristiana es *la religion*; como la ciencia cristiana es *la ciencia*; como la moral cristiana es *la moral*; como la vida cristiana, en fin, es *la vida*; tambien así el arte cristiano es *el arte*, porque la belleza de Jesucristo es *la Belleza*.

En esta conclusion queria yo parar. Si al oirla se me achacase, no ciertamente por este auditorio ilustrado y benévolo, el absurdísimo antojo de secuestrar en género alguno de prision los vuelos del ingenio, yo remito desde ahora la imputacion al tribunal que hace justicia de vulgaridades no siempre inocentes. Como dogma de mi fé literaria, profeso, con Boileau, que "todos los géneros son buenos, fuera del género fastidioso"; pero antes que ese cánón, y otros cualesquiera de orden natural reguladores de

mi vida, profeso, junto con los dogmas indiscutibles, las respectivas convicciones lógicas de mi fé cristiana, y afirmo que, áun por honor y para provecho de las Bellas Letras y de las Bellas Artes, el literato y el artista cristiano deben, como tales, ser y mostrarse cristianos, antes que literatos y antes que artistas.

Yo no presumo de tasarles ni la materia ni la forma de sus creaciones; pero quisiera verlos dictarse como deber irremisible de su noble oficio, el de fundirlas en molde cristiano. Quisiera que en el acento de su palabra creadora vibrase de ordinario algun dejo siquiera de sus promesas del Bautismo; y sobre todo, ninguno de aquel plasticismo pagano que á tantos otros más competentes que yo, ha parecido moneda falsa de la belleza. Ni llorar ni reir, ni hablar ni cantar podemos, como los gentiles, los cristianos. Diga lo que dijere la mal avisada ingeniolatría de cultivadores rutinarios ó neófitos amadores de lo que el retorismo llama enfáticamente arte clásico y literatura clásica, yo, sin que por esto desee resucitar polémicas ya manidas, me limito á preguntar con la voz de la religion, de la historia, de la filosofía y del sentido comun: si Jesucristo es venido para restaurar en Él todas las cosas de la tierra, ¿cómo esta restauracion no ha de informar á motores tan activos y trascendentes de la vida terrenal humana como son la literatura y el arte?

No insistiré más en esto, que pudiera ello sólo ser materia de muchas disertaciones. Guárdense y explórense enhorabuena los monumentos literarios y artísticos de la Edad antecristiana; investigue en ellos la crítica sagaz los caractéres de aquella civilizacion caduca: más digo, utilícese como legítima herencia

del ingénio cristiano lo que el buen gusto, regido ante todo por la conciencia moral, divisare allí verdaderamente bello; pero esto mismo recíbase como el cristianismo recibe todo cuanto de la mera naturaleza procede, para regenerarlo, para enderezarlo y unirlo, de algun modo y por alguna parte, al órden sobrenatural.

Artistas y poetas españoles, y como españoles, cristianos: pues que, junto con la fé de vuestros padres, se os ha otorgado la prerogativa singular de perseguir en sus más ocultos senderos el ideal de la belleza, en eso mismo sois privilegiados reflectores de una luz que nace, como todas, de lo alto. En el campo tambien de la literatura y del arte, y aún aquí muy señaladamente, es verdad que quien no está con Cristo, está contra él, y quien con él no cosecha, desperdicia. Segad á manos llenas en ese campo vastísimo, tan rico, sobre todo, y tan bello desde que le inundan las auras del Calvario. Si cantar os place las selvas, os diré con Virgilio, sean tan dignas de la lira cristiana como el gentílico vate pedía que lo fueran del Cónsul. Cuando á mayor alteza no se remontare la ambicion de vuestra fantasía, celebrad enhorabuena con ecos de la Flora gentil á la

"Pura encendida rosa,
Émula de la llama que sale con el día;"

pero que á esos ecos responda otro de vuestro gemir cristiano, preguntándola con mística ternura:

"¿Cómo naces tan llena de alegría,

Si sabes que la edad que te dió el Cielo,
Es apenas un breve y veloz vuelo?"

Buscad, solícitos, buscad siempre de alguna manera y por algun lado, como á buena dicha tantos de vosotros lo hacen; buscad en la realísima inexhausta hermosura de nuestra fé pátria la belleza ideal que perseguís de oficio. A esta Santa Cruzada es llamado vuestro ingénio por todo cuanto nos circunda, mortal enemigo, en la edad presente. A ojos vistas el muerto paganismo intenta renacer en la Familia, en la Escuela, en el Estado, en el contexto pleno de nuestras leyes y de nuestras costumbres. Desviad al ménos vosotros de ese camino de muerte el culto de la belleza. No le mutileis divorciando en él lo divino de lo humano que sin detrimento de su distincion real, unió en sí el Dios-Hombre con lazo tan amoroso; no le concedais acomodamiento ni tregua con los antojos de la ignara plebe, y mucho ménos con este otro vulgo, harto más nécio, que funda y rige el caprichoso imperio de la moda; no le consintais, sobre todo, posarse ni un momento en el sacrílego fangal de la apostasía y del sensualismo. No, ¡vive Dios! que

"Esta nuestra porcion alta y divina,
Á mayores acciones es llamada,
Y en más nobles objetos se termina."

HE DICHO.

CONTESTACION

DEL

EXCMO. SEÑOR DON CÁNDIDO NOCEDAL

Si hoy logro la ventura de dar al Sr. D. Gabino Tejado bienvenida cordial en nombre de la Real Academia Española, déboselo á nuestro respetado Director, cuya generosidad para conmigo, con ser tan grande, no es mayor que la gratitud en que rebosa mi corazón¹.

Cualquiera de vosotros, señores Académicos, hubiera desempeñado tan honroso encargo con más acierto que yo: ninguno, con más alegría. No sólo ocupo lugar preeminente entre los amigos y admiradores de nuestro nuevo compañero; pienso además como él en cuantas cosas caen bajo el dominio del entendimiento humano: amo lo que él ama; aborrezco lo que él aborrece.

Esta comunidad de ideas no me arrastraría, sin embargo, á tributarle encomios de que no le creyese

¹ El Sr. Conde de Cheste fué uno de los tres académicos que firmaron la propuesta de Tejado.

digno. Toda adulacion es vileza: adular al amigo, vileza y traicion. Quanto diga acerca del modesto sábio á quien vosotros adjudicásteis la insignia que llevó el esclarecido Ayala, será, pues, expresion exacta de mi juicio, desligado de la amistad; y antes, por dicha, debo temer quedarme corto en el elogio que extremarlo, porque el Sr. Tejado le merece muy grande, y porque hoy no es posible excederse en la alabanza de un hombre de verdadero mérito. Veintiun años há que tengo la honra de pertenecer á la Academia. En casi todas sus juntas, y en todas las de una comision, á que tambien pertenezco, no se hace otra cosa que estudiar voces del idioma castellano. Esta lengua pasa por rica, y yo, áun siendo muy rudo é incapaz, algo de ella debo haber aprendido en tan larga y asidua tarea. Pues ingénuamente declaro no ser, á mi juicio, posible hallar, para quien realmente lo merezca, epíteto ó calificativo encomiástico que no se haya aplicado ya á cualquier hijo de vecino. Llamando eminente á quien lo fuera, faltárasele al respeto, porque este dictado pertenece al vulgo. Eminente, es cualquiera que ha abierto la boca en una asamblea; cualquiera que ha embadurnado una cuartilla de papel; cualquiera que ha hecho una travesura; cualquiera que se ha tomado el trabajo de importunar á los redactores de un periódico para que hablen de él, ó para que le dejen hablar de sí mismo callando su nombre por modestia. Tampoco diria nada de provecho diciendo que el Sr. Tejado es uno de nuestros primeros escritores; porque en la república de las letras, abolido el abusivo y tiránico órden de la numeracion, ya todos son primeros y nadie es segundo. Inventar frases más laudatorias

que las que se emplean en honra de entendimientos medianos ó despreciables, tampoco estaria en lo posible, ni aún echando mano de hipérboles desatinadas, ni aún incurriendo en la blasfemia.

El siglo XIX—yo lo confieso paladinamente y sin temor de equivocarme—el siglo XIX es un siglo muy bonachon. De puro bueno, ha logrado hacer sospechosa toda alabanza; de puro bueno, llega á deslustrar méritos verdaderos á fuerza de encomiarlos sin medida ni tino; de puro bueno, ensalza á sus predilectos con incendios, tempestades y terremotos de entusiasmo; de puro bueno, renueva á cada instante las apoteosis gentílicas; de puro bueno, quiere dejarnos sin el Dios que ni progresa ni varía, y darnos en cambio dioses para todos los gustos. Y á fé que con tales deidades estamos haciendo un olimpo que no hay más que pedir. Lástima que por el ódio que nos inspira la estabilidad, antigualla oprobiosa, y rémora de la civilizacion, suelen estos nuevos ídolos, como otros desdichados, quedarse cesantes cuando ménos lo piensan, y aún correr suerte parecida á la de los caballeros andantes, que tan pronto se veian emperadores como apaleados. Contra ellos no se enciende la lucha cantada por Hesiodo: pigmeos son los que se atreven á combatirlos y logran vencerlos; á un voltear de la rueda de la fortuna caen despeñados: un soplo los deshace.

Otro soplo los habia elevado. Nunca se ha enaltecido á los hombres con tanta facilidad como ahora. Nunca se ha podido decir con tanta razon como ahora que toda muchedumbre es rebaño. Contribuye á este aniquilamiento del juicio individual la maravillosa invencion de la prensa periódica. El periódico

es una especie de servidor doméstico que en vez de eximirnos, como otros, de las faenas corporales, nos exime del trabajo mental. ¿Á qué molestarnos formando opiniones, si por muy poco dinero podemos lograr que se nos den hechas? Progresamos: nadie lo duda. Dícese que hubo un día quien pidiera á Fernando VII que acabase con la funesta manía de pensar: hoy nosotros hemos acabado ya con esa manía.

Los hombres que rinden culto á ciertas ideas están afortunadamente ménos expuestos que los adoradores del espíritu de nuestro siglo á oirse aclamar por la estrepitosa trompetería de la fama contemporánea. Á los que aman y defienden la verdad se les niega ó se les regatea el aplauso: rara vez se les hace completa justicia.

Yo de mí sé decir que nunca he tenido en cuenta el nombre del autor para formar juicio de la obra. Y pública y privadamente, por escrito y de palabra, he celebrado el mérito relativo de algunas que, por sus tendencias ó por su falta de moralidad, eran detestables á mis ojos. Claro está, no necesito decirlo, que, áun pareciéndome bien por algun concepto, por lo ingenioso, pongo por caso, ó por lo bien escrito, un libro capaz de corromper el entendimiento y el corazón de sus lectores, evitaria, á tener facultad para ello, que corriese de mano en mano, y áun procuraría que se quemase; así como si se me dieran hermosas flores envenenadas, las arrojaría al fuego, sin negar su hermosura.

Al cumplir el encargo de justificar la elección del Sr. Tejado, me importaba declarar con este objeto una cosa que tengo por indudable.—¿Á quién pertenece el nombre aclamado por la fama? ¿Á un adorador

de lo que se entiende por civilizacion moderna? Pues suspendamos el juicio, y examinemos los títulos del dichoso mortal: quizá haya sido justa la fama; quizá no lo haya sido. ¿Pertenece tal nombre á un adversario de esa misma civilizacion? Pues no hay que dudar: la fama ha sido justa.

Y si con tanto trabajo y de tan mala gana se reconoce ahora el mérito de los hombres aferrados á ciertos principios y doctrinas, considérese cuán verdadera y merecida debe ser la envidiable reputacion literaria de que goza el Sr. Tejado. Nadie, sin injusticia notoria, podria negar su derecho á ocupar una de estas codiciadas sillas; las cuales deben pertenecer á los maestros en el arte del bien decir, por quien la lengua de España se llama todavía, con razon, española; á los finos amantes de la belleza literaria, que, bien que variable en los accidentes, es siempre una misma en la esencia; no á los que desaman todo lo que amaron los grandes ingénios de la pátria, desde Cervantes á Hartzenbusch, hacen gala de renegar de toda civilizacion antigua, de todo sistema preestablecido, de todo gusto heredado; y se complacen en atropellar reglas y preceptos que no son producto del capricho de un hombre, ni de muchos hombres, sino de la experiencia de los siglos, del fallo inapelable de una y otra generacion.

El nuevo Académico, en su ya larga vida, ha dado testimonio de poseer las cualidades indispensables para formar parte dignamente de esta milicia consagrada á defender la lengua y el gusto literario de España. Consumado humanista, inspirado poeta, profundo filósofo, polemista admirable, escritor correcto y elegantísimo, tenia ganada há tiempo la corona que



hoy le adjudica la Academia, acreditando de nuevo el espíritu de justicia que la guía en todas sus resoluciones, y que solamente una vez dejó de iluminarla.

Este insigne varón, como todos los ingenios proceres, se distingue por la originalidad de su estilo, y tiene personalidad literaria tan vigorosa, que no es posible confundirla con la de ningún otro escritor. En sus obras está él; está su carácter y su alma. Al leer cualquiera de ellas, parecele á uno que le ve, que le oye, que siente latir su corazón. Si no pasara por axiomático el dicho—*el estilo es el hombre*—Gabino Tejado sería prueba irrecusable de esta verdad.

Otro de los méritos que más le enaltecen es el peregrino arte con que siempre atina á manifestar clara, exacta y bellamente lo más abstruso, profundo ó sutil. Averiguó, sin duda, á tiempo, ser craso disparate el de los que suponen que nuestra lengua carece de aptitud para expresar conceptos metafísicos. Con igual fundamento pudiera negar un ciego los colores que no distingue. ¿Para qué idea, para qué afecto, para qué arrebatado vuelo de la mente, para qué misterioso movimiento del corazón, para qué acto de la facultad de pensar ó sentir, no hallará expresión adecuada y eficaz la lengua con que Fray Luis de Granada, en *El Símbolo de la fe*, nos lleva de la tierra al cielo y fortalece las verdades y alumbrá los misterios de la Religión sacrosanta; la lengua con que Fray Luis de León explicó el sentido de cada uno de los *Nombres de Cristo*, y de este modo cuanto al hombre es dado entender de las perfecciones divinas; la lengua con que, sin saber nada de lo

que se aprende en los libros, sin proponerse ningún fin literario, sin el estímulo de la gloria mundana, pudo aquella santa mujer, que es alegría del cielo, pasmo del orbe y honra de España, decir las cosas más peregrinas y sublimes, y hacer patentes los abismos del alma, y reducir su portentosa creación de las *Moradas* á forma inteligible y diáfana como el cristal, y ablandar el corazón más empedernido, esclarecer el entendimiento más tenebroso y subyugar la voluntad más rebelde, y comunicar á las inmortales páginas que trazaba con mano veloz como el pensamiento el fuego de la criatura abrazada á su Dios?

Leed las inestimables traducciones de los *Elementos de Filosofía Especulativa*, de Prisco, ó *De la Vida y de las Virtudes Cristianas consideradas en el estado religioso*, de Monseñor Gay; leed cualquiera otro de los trabajos de nuestro nuevo compañero relacionados con la filosofía ó con la teología, y en ninguno hallareis la enmarañada jerigonza filosófica inoculada por la mentira y la vanidad. De ella se han burlado aquí públicamente doctos Académicos, y se burla toda persona que está en su juicio. Yo, por mi parte, no censuro á los españoles cultivadores de esta flamante algarabía. Si han de blasfemar y disparatar, blasfemen y disparaten con voces y sintaxis de nueva invención; yo, por mi parte, les agradezco íntimamente que no se valgan de la lengua española para insultar á Dios, á la historia y las tradiciones de España, y al sentido comun.

No olvido que se ha dicho que España desconoce la lengua de la filosofía, porque aquí no se permitió saber ni estudiar filosofía; siendo la causa la aciaga dominación de la dinastía austriaca, y el fanatismo

unánime, *la unidad de fanatismo*, que en hora mala se apoderó de nosotros. Pero tampoco habreis olvidado vosotros que no hay para qué yo me engolfe en refutar el aserto; porque está larga y brillante y elocuentemente refutado por un compañero nuestro en un libro precioso, que para honra de nuestro mísero tiempo, pasará á la posteridad ¹; y porque otro Académico, que es en el presente caso testigo de mayor excepcion, confesó honrada y paladinamente, en este propio lugar, en ocasion igual á ésta en que nos hallamos, y demostró, cautivando la atencion del público, como suele siempre que le dirige su gallarda palabra, que ni la Inquisicion, ni los Reyes austriacos tuvieron la culpa de la decadencia de España, "miradas imparcialmente las cosas"; y que "lo que nadie niega, lo que no puede ser asunto de discusion, es que la edad más floreciente de nuestra vida nacional, así en preponderancia política y en poder militar, como en ciencias, letras y artes, es la edad del mayor fervor católico, de la mayor intolerancia religiosa: los siglos XVI y XVII" ².

La ponderada debilidad y rápida decadencia, tienen causas ya puestas de manifiesto por diligentes y estudiosos escritores, que hacen callar á los que echan la culpa de todo á la tiranía y á las guerras de la casa de Austria, y logran que cese el estribillo de las expulsiones de judíos y moriscos, y las endechas lastimeras y *mitológicas* contra la ferocidad del Santo Oficio, y el eterno clamar contra la amortizacion

¹ *Historia de los Heterodoxos Españoles*, por D. Marcelino Menendez Pelayo. Véase el tomo II, todo entero, pero principalmente el epilogo.

² D. Juan Valera: Discurso leído en la Real Academia Española en la recepcion de D. Gaspar Nuñez de Arce, el día 21 de Mayo de 1876.

y número excesivo de eclesiásticos; distinguiéndose entre los que más clara luz arrojan sobre aquel período de la historia de España, el Sr. D. Alejandrino Menendez de Lurca, sábio de verdad y católico á macha martillo, en los artículos dados á la estampa en estos dias con el título de *Cartas del palo de oros*.

El ilustre inglés Macaulay, que en su estudio sobre la guerra de sucesion atribuye la decadencia rápida de España á su *mala religion* y á su *mala politica*, por una de esas contradicciones en que frecuentemente incurren los que no gustan de la verdad sin mezcla de error, los que no se alumbran con el único sol de justicia, dijo en otra parte:

"El español profesa á la fé de sus antepasados amor vivo y ardiente, porque además de la idea religiosa, encarna de una manera profunda en su corazon la independencia, la libertad y la gloria de la pátria; que siete siglos de lucha perseverante y tenaz con los infieles dejan honda huella en la memoria y en las costumbres de un pueblo. Las Cruzadas, que no son sino un episodio en la historia de las demás naciones de Europa, en la de España constituyen su esencia y su vida, y la ocupan toda.

"Luégo de haber combatido á los árabes en el Antiguo Mundo, la era de los descubrimientos abrió dilatados horizontes al celo religioso de los españoles en el Nuevo, donde fueron á combatir otros infieles. En ambas luchas quedaron vencedores: merced á la primera, constituyeron la pátria; merced á la segunda, trasformaron la pátria en la primera nacion del Universo: por eso la fé católica se halla tan íntimamente unida en la conciencia de los españoles á la

"libertad, á la victoria, á la conquista, á las riquezas
"y al honor nacional" ¹.

Si esto dice un protestante, ¿qué mucho que lo repetamos nosotros, y que cumplamos la sagrada obligación, indeclinable en estos tiempos, de confesar siempre, en todo lugar y en cualquier ocasion, la fé católica que inspiró á nuestros poetas, á nuestros pintores, á todos nuestros artistas, y alentó á nuestros guerreros, y formó y conservó y engrandeció á España, y tiene virtud para impedir que se disuelva y se hunda?

Tampoco desluzca los escritos del Sr. Tejado otro género de culteranismo de que hoy adolece la bella literatura, y el cual consiste en preferir lo que aturde ó relampaguea á lo que persuade ó conmueve, y en sacar de quicio las ideas y su expresion, para dar á lo vulgar ó pequeño apariencias de nuevo ó de grande. No hay que decir que por este camino se busca inútilmente la grandeza y la originalidad: por él se llega, de seguro, á lo fenomenal, á lo extravagante, á lo hinchado y vacío, á lo ridículamente presuntuoso. Ni en el arte ni en la vida serán nunca lo natural y sencillo puerto de descanso y alegría para los entendimientos ó corazones estragados.

De las dotes del nuevo Académico como escritor, respondan sus obras, áun las ménos importantes, áun los artículos improvisados para alimentar al periodismo, á ese mónstruo, tirano y corruptor del ingénio. El pátrio idioma se ostenta en las producciones de este verdadero literato con toda la concision, claridad y sencillez que pide el gusto moderno, y quizá con no ménos pompa y lozanía, con no ménos libertad y arro-

¹ *Edimburg Review*—1840.

jo, con no ménos colores y luces que en los tiempos de su más alta gloria. Es para el Sr. Tejado la lengua dócil y solícita amiga que, sin hacerse de rogar, le prodiga á la continúa todas sus galas y riquezas. Este timbre, que antes era comun, honra hoy sobremasera á los pocos que legitimamente pueden ufanarse con él.

Ya he dicho que tambien es poeta el Sr. Tejado: añadiré que no lo es como algunos que logran excelsa nombradía por decir disparates en renglones sujetos á medida y cadencia. Créese vulgarmente que la poesía debe adolecer de locura: yo tengo para mí que no puede ser sublime, ni bella, ni siquiera grata, si no es razonable.

En el Sr. Tejado la fantasía vuela impetuosa y libre, sin dejar de tener por contrapeso á la razon, y el entusiasmo arde en vivas llamas, sin rebelarse contra el buen gusto. El Sr. Tejado, á fuer de gran poeta, siente lo que imagina; y de aquí que en sus creaciones brillen los colores que dá la imaginacion y abunde el jugo que emana del sentimiento. Inflamado su corazon en el amor del bien, que así en la esfera de la realidad como en la esfera del arte, obra maravillas; formado su gusto en el asídúo estudio de los clásicos de la antigüedad, insuperables tal vez en la forma, y de los que en el mundo cristiano han dado más elevada muestra de la fuerza espiritual del hombre que conoce al Dios verdadero y se conoce á sí mismo, Gabino Tejado acertó á componer una obra poética titulada *El Triunfo*, que por la compenetracion del fondo y la forma recuerda la seductora armonía del arte pagano, y en que á la par se admiran el estro abrasador, el vuelo irrefrenable, la aspiracion

ilimitada de la poesía bíblica, ó de la que en las edades modernas logró, por virtud de la Cruz redentora, levantarse de la tierra en busca del cielo. Lloro nuestro vate los dolores de la Iglesia, y anuncia su victoria, y con ser tan sublime el asunto, el desempeño parece sublime. ¿Cómo encarecerla más?

Consta de varias poesías, ó sea de partes distintas, enlazadas por una misma idea y un solo fin. Incrúpase en una de ellas de este modo á la raza de Jafet, entregada á la demencia del sensualismo y la impiedad:

Apura el cáliz que te ofrece Baco,
Liba las flores que tu Venus ama,
Sin oír que á tus puertas Espartaco
Con su enjambre servil, á muerte llama.

No adviertas que el eunuco, en los umbrales
De ese tu mismo harem el hierro afila:
Deja que allá en sus centros boreales
Torne el corcel á relinchar de Atila.

¿Qué te asusta? ¿No crecen cada hora
Tus falanges de fieles pretorianos?
De tus naves la mole rugidora,
¿No puebla los domados Oceanos?

¿No te abre sus riquísimas entrañas
La tierra, dócil á tu voz potente?
La roca de las vírgenes montañas,
¿No se rinde á tus plantas obediente?

¿No sabes tú llevar de zona en zona
Con las alas del rayo tus acentos?

¿No es un cielo en la tierra la corona
Que aguardan tus altivos pensamientos?

.....

Duerme, pues, al rumor de los gorjeos
Que alzan las aves de tu Eden logrado:
Duerme, y sueña feliz nuevos trofeos
Que aún sublimen tu sér divinizado.

Llene el mundo la voz de los cantares
Que en las ondas modulan tus Sirenas.
Escucha:—"Con su Dios y sus altares,
"Caigan del orbe antiguo las cadenas.

"Cesa ya de tronar, voz inclemente
"Que, allá inventada del Siná en la cumbre
"De tanto siglo corazon y mente
"Sujetaste con dolo á servidumbre.

"Y calla tú tambien, turba nacida
"Para gemir al pié de los osarios:
"Quema en fin esa historia carcomida
"De tu Cristo, tu Cruz y tus Calvarios.

"Hombre, á gozar en libertad nacido!
"Tú eres tu solo juez: quien te lo niega,
"De ridículo miedo al yugo uncido,
"Con amenaza hipócrita te entrega."

Así acaba otra de las poesías:

Y ¡adios, oh libre tierra en que mis padres
Mecieron con amor y fé mi cuna!
¡Estirpe régia que mis lares pátrios

Bajo su sombra tutelar cubria!
 ¡Leyes á cuyo amparo largos siglos
 Rindió segura mi heredad el fruto
 Que, parco y todo, al familiar banquete,
 Y al ara y á los pobres dió sustento!
 ¡Costumbres populares, que execrando
 Lascivia y dolo y femenil molicie,
 La raza modelaron indomable,
 Terror al Moro y de la Galia azote!
 Id en paz á esconderos en la huéa
 Dó yace con honor la que fué España;
 Y cuando el Sur ó el Ábrego susciten
 Nuevo tirano que el postrer vestigio
 De vuestra noble deformada imágen
 Sin combate ni lástima triture,
 Recibid, con el último lamento
 Que os llegue de mi lábio entre mordazas,
 El no domado espíritu, que vuela
 De eterna libertad á las regiones.

Por su correccion y elegancia, bien pueden compararse estos versos blancos con los de Moratin, que es el poeta que mejor los ha construido en España¹. Por su vehemencia y majestad, aún merecen mayor elogio.

La última parte de *El Triunfo*, es un canto escrito en el mismo metro que la admirable oda de Manzoni *Il 5 Maggio*, y del cual pudiera decirse con tan fundado motivo como de su obra dice el poeta italiano:

Che forsse non morrà.

¹ Hermosos son tambien los de Jovellanos, así en las *Sátiras* como en la *Epístola del Paular*.

Goza esta última de fama universal y pasa por una de las mejores de nuestra época. Pues no vacilo en afirmarlo: con ella compite la del poeta español. Voy á leerla entera: para elegir donde todo es *mejor*, se necesita ligereza, osadía ó sagacidad, de que yo carezco.

Unum ovile et unus pastor.

Allá en la zona plácida
Que besa el mar Tirreno,
Y á quien la Alpina cúspide
Guarda el florido seno;
Cuna un tiempo, ya túmulo
De gloria que pasó;

Allí donde fatídica,
La ensangrentada mano
De Cónsules y Césares,
Al orbe no cristiano,
Con el estigma fúnebre
De esclavitud selló;

Hoy, tremolando el Lábaro
De Redencion, se asienta
Un anciano pacífico,
De Césares afrenta,
Con diadema tríplice
De Ungido, Padre y Rey.

Su imbele mano próvida
Tiene oportuno el rayo
Que del Orbe decrépito

Sana el letal desmayo:
De lo pasado es vínculo,
De lo futuro es ley.

El mar de Tiberíade
Vió despuntar su gloria:
De su poder los títulos
Guarda el sangriento Moria;
De la tierra el pináculo
Bajo su sólio está.

Juez de los siglos árbitro,
Que él recibió en herencia,
De pueblos y de príncipes
Él dicta la sentencia
Que eterna á los espíritus
La vida ó muerte da.

Amor, principio y término
De realeza tanta,
Sobre tumbas de mártires
Ese trono levanta,
Mecido en el espléndido
Regazo de la fé.

Y ¡oh, cuán horrible el ímpetu
Del conjurado Averno,
Fulminando en el lóbrego
Antro del ódio eterno,
Brama con nueva cólera,
Del nuevo trono al pié!

Los deshonrados ídolos,

Con voces estridentes,
Piden de sacras víctimas
Hecatombes hirvientes.
De sangre arrastra un piélago
El Tebro en su raudal.

De ancianos, niños, vírgenes,
La desgarrada vena
Traga el avaro vórtice
De la Circense arena.
Arde en abyecto júbilo
El déspota brutal.

Arde también frenética
La sierva muchedumbre,
Sin recelar ¡ay mísera!
Que ya en la eterna cumbre
Truena del Juez Altísimo
La vengadora voz.

Ya, ya inunda del Ártico
Los páramos ingentes
Asolador estrépito
De pueblos y de gentes:
El Godo, el Hunno, el Vándalo,
El Sárмата feroz.

¿Quién de la hueste bárbara
Torcer podrá el amago?
De templos y de alcázares
El comenzado estrago,
En la ciudad de Rómulo
¿Quién atajar podrá?

No del medroso Quírite
 La ya inútil espada,
 Ni el vano clamor lúgubre
 De plebe amotinada.....
¡Azote de Dios! párate;
 Que habla el Rey de Judá.

¡Oh Rey, pastor de mística
 Grey que los cielos puebla!
 Lanzados por el Bóreas
 Los hijos de la niebla,
 Ya de tu régio báculo
 Mira correr en pos.

Canta, Sion, alégrate:
 De rudos y protervos
 Debelador magnánimo,
 Al *Siervo de los Siervos*,
 Reyes y pueblos dóciles
 Aclaman vice-Dios.....

¡Ah! ¿Quién turba el unánime
 Filial acatamiento?
 ¿Quién el alegre cántico
 Tornar pudo en lamento?
 ¿Quién, del infierno cómplice,
 Rasga el pacto de amor?

Dílo tú, abortó espúreo
 Del viejo Capitolio;
 Raza de augustas víboras,
 Que de Pedro en el sólio
 Clavas, ingrata y pérfida,
 El dardo matador.

La pestilente cátedra
Que erige tu soberbia,
Simiente es de sacrílegos,
Que de tu audaz protervia
Copioso fruto en lágrimas
Y en sangre te dará.

Como en el tronco pútrido
Reptil hediondo anida,
Tal bajo sólio apóstata
Fermenta el regicida.
En pos del falso oráculo,
Siempre el verdugo va.

Presto de viles áulicos
Al mentiroso arrullo,
Generador de crímenes,
Sigue sordo murmullo
De plebe ya no súbdita,
Que engendra rebelion.

Con el tribuno cínico,
De oro y poder sediento,
La libertad adúltera
Sella pacto sangriento:
Y es hora de patíbulo,
Es hora de expiación.

¡Ay! que también las vísceras
De la divina Madre,
También la frente cándida
Del santo anciano Padre,
Hiere, en su infando vértigo,
La turba criminal!

Ciegos están; perdónalos,
¡Oh Dios de la clemencia!
Remueve de sus párpados
La impía somnolencia.
Suene ya el hora: cúmplase
Tu palabra eternal.

"Id,—Tú lo has dicho,—el ámbito
Cruza del triste mundo;
Verted el rayo célico
De la verdad fecundo:
Mi aliento os doy; mis ángeles
Os van á obedecer.

"Contra la roca sólida
Que os doy por fundamento,
Ni el receloso déspota,
Ni el bárbaro violento,
Ni el vil sofista gárrulo
Podrán prevalecer."

¡Esperanza vivífica!
Cierta eres tú, lo veo.
Mi espíritu, en el éxtasis
De celestial deseo,
Hiende ya lo recóndito
De la postrera edad.

Y escucho ya sin límite
La Paz y la Justicia
Darse en lo eterno el ósculo,
Del Querubin delicia.
Siento bullir el hálito
De eterna libertad.

Sí: de victoria fúlgido,
Ya el estandarte ondea:
Con nuevo sol las márgenes
Florece de Judea:
Tíñese en nueva púrpura
La cumbre del Tabor.

Del ántes yermo Gólgota
La falda ya florida,
Pastos ofrece ubérrimos
Á la grey escogida,
Que guarda en redil único
El único Pastor.

Altos pensamientos, brillantes imágenes, arrebató lírico, dición poética, estilo grandilocuente, lenguaje puro, rico y vigoroso, cuanto puede realzar una poesía, todo luce y abunda en este poema, que es célebre sin duda alguna; pero que lo sería más, mucho más, si su autor, en vez de cantar á Dios ó al Papa, en vez de pedir inspiración á lo celestial, á lo bueno y lo bello, se hubiera dado á celebrar la duda, la desesperación y el ateísmo; á defender las prerogativas de la carne; á sublimar la pasión ciega y desatada; á idealizar la mentira; á poetizar los gusanos.

Recuerdo, y no es para olvidado, un ameno y elegante discurso leído aquí recientemente, y en el cual se recomienda la observancia del precepto *Diga poco y bueno*, esculpido en el púlpito de la iglesia de Mondragon. Hoy que tanto se charla, hoy que tanto charlamos todos, es ciertamente muy oportuno traer á cuento advertencia tan saludable.

Pero por lo que hace á las producciones del ingé-

nio, tengo yo para mí que lo que abunda no daña, si lo que abunda es bueno. Fuera de que pedir al entendimiento nacido para producir mucho, que produjera poco, sería tan excusado como pedir al premioso ó tardo que caminara velozmente. Refrenar al uno y espolpear al otro daría el mismo resultado negativo. El entendimiento produce como puede, no como quiere, y empeñándose en torcer ó contrariar su índole, antes lograría viciarse que corregirse. Si el tardo y reflexivo suele dar á sus obras mayor perfeccion que el fecundo y espontáneo, éste en cambio suele remontarse á mayor altura que aquél. Ni son raros los escritores que al par se distinguen por la rapidez y por el acierto en el concebir y el ejecutar.

Al número de éstos pertenece el Sr. Tejado, cuya fecundidad quedaria disculpada con lo que acabo de manifestar, si necesitara disculpa esta nobilísima calidad del ingenio. Los escritos del literato de que hablo formarian muchos abultados volúmenes: para llenar algunos bastarian los artículos de periódico que ha dado á la estampa desde que en 1843 publicó el primero. Y en prueba de lo que valen estos artículos del Sr. Tejado, á diferencia de otras obrillas de igual clase que viven sólo un dia, recordaré que algunos de ellos forman parte del excelente libro *El Catolicismo liberal*, destinado á vivir en las edades venideras.

Entre las demás obras de este alentado escritor descuellan la traduccion de *I Promessi Sposi*, y la de no pocos libros de moral y filosofia de celebérrimos contemporáneos. Traducciones son, pero en ellas puso el traductor más erudicion ó talento, que otros ponen en trabajos originales, y da testimonio

eficacísimo de conocer bien varias lenguas extrañas, y mejor la española, y de no parecerse, por consiguiente, á los que escriben en francés cuando creen muy formalmente estar escribiendo en castellano, ó á los que si saben poco de otros idiomas, saben del propio mucho ménos. ¡Dichosos aquéllos á quienes el conocimiento de lenguas muertas ó vivas no arrastra al odioso empeño de empobrecer y afejar la nuestra, sino al nobilísimo de enriquecerla y hermosearla! ¡Dichoso el que pueda como Lope exclamar:

Favorecido al fin de mis estrellas
Algunas lenguas supe, y á la mia
Ricos aumentos adquirí por ellas!

Que el discurso leído por el Sr. Tejado bastaria para acreditarle de esmerado elocuente escritor, no hay para qué decírselo á este esclarecido concurso. Lo que sí debo decirle cuanto antes, á fin de que no se llene de terror si al oirme citar por vez primera este discurso, imagina que ahora voy á entrar en materia, es que no abrigo tal propósito. En vano aspiraría yo á mejorar ó ampliar lo que con tanta profundidad de juicio y con tanta belleza y felicidad de expresion se explica y demuestra en el luminoso trabajo del nuevo Académico: mis opiniones, de todo en todo conformes con las suyas, son por otra parte muy conocidas, y aquí mismo he tenido la honra de exponerlas en ocasiones análogas; y si todos mis ilustres compañeros pueden contestar á un largo discurso con otro no ménos largo avasallando la atencion del auditorio, yo no soy capaz de tamaña empresa.

Ni es preciso; porque en todo caso limitárame á copiar ó extractar lo dicho en las Conferencias de 1867 en la catedral de París, por el Padre Félix, de la Compañía de Jesús; el cual es, en mi opinion, el más elocuente orador de los tiempos modernos: ó algo de lo que contiene la obra del jesuita Jungmann, *La Belleza y las Bellas Artes*¹: ó del *Ensayo*, escrito por el Padre Miguel Mir, también de la Compañía de Jesús, titulado *Harmonía entre la Ciencia y la Fé*, en que peregrinamente se demuestra que á la influencia de la misericordiosa Redención, todo cambia y se transforma; y que así las artes como las ciencias, instituciones políticas y sociales, todo se renueva, mejorándolo inmensamente la eficacia de tan soberana virtud². Saldria yo con ésto fácilmente del paso, y quedára probado, además, que ahora, como en tiempo de Cervantes, hay que "decir de aquellos benditos Padres y Maestros (los jesuitas), que para repúblicos del mundo no los hay tan prudentes en todo él, y para guiadores y adalides del camino del cielo, pocos les llegan: son espejos donde se miran la honestidad, la católica doctrina, la singular prudencia, y finalmente, la humildad profunda; base sobre quien se levanta todo el edificio de la bienaventuranza"³.

Al recibir el encargo con que se sirvió favorecerme el señor Director de la Academia, propúseme únicamente no retardar sino muy breve tiempo al señor

1 Puede verse la esmerada traducción de D. Juan Manuel Orti y Lara.—Madrid, tipografía de Pascual Conesa, 1873.

2 *Harmonía entre la Ciencia y la Fé*; ensayo escrito por el Padre Miguel Mir, de la Compañía de Jesús.—Madrid, imprenta de Tello, 1881.—Cap. IV.

3 Cervantes, *Coloquio de los perros*.

Tejado la dicha de tomar posesion de su plaza, y sin molestar sino lo extrictamente necesario á los que tuvieran la bondad de escucharme. Cumplí la primera parte de mi buena intencion, escribiendo á vuela pluma, en contadas horas, éste á que no debo llamar discurso: dándole término, cumpliré quizá mi vivísimo anhelo de no abusar de vuestra hidalga benevolencia. Hubiera yo querido decir poco y bueno, obediente al precepto de la iglesia de Mondragon; pero ya que no me era dado observarle en lo que pide ejercicio del entendimiento, le observaré escrupulosamente en lo que sólo pide ejercicio de la voluntad. Así, además, me conformo con otro aviso que se halla esculpido en la fachada de la Casa Consistorial de Elorrio:

De toda palabra ociosa,
Darás cuenta rigurosa.

Sea, pues, bien venido el Sr. D. Gabino Tejado á la Real Academia Española, donde con su mucho saber, su pronto ingenio y honrada laboriosidad, prestará seguramente grandes servicios al habla y la literatura, sosteniendo la noble y fecunda tesis de su discurso. Y no sólo ejercerá de este modo provechosa influencia en los dominios del arte, sino tambien en regiones más elevadas.

Negacion universal esparce por donde quiera sombras de muerte. Se quiere dejar al cielo sin Dios; al mundo, sin virtud ni paz; al arte sin belleza. Con afirmaciones categóricas lucha en otros campos el Sr. Tejado en pró de la verdad religiosa, humana y social: afirme aquí la verdad literaria. Procurando

que la lengua española no se acabe de adulterar, procurará en cierto modo que el entero y generoso carácter español, de que esa lengua es signo, no acabe de perderse. Proclamando la belleza de la literatura cristiana, proclamará la espiritualidad del hombre y la existencia de Dios.

Grande es el influjo de la filosofía; pero no es menor el del arte. Los errores de la mal encaminada meditacion tardarian más en difundirse, y, á veces, no prosperarian quizá, si el númen poético no los llevara en sus alas á todas partes. La ciencia moderna dice al hombre que no hay nada superior á él, ó que no hay nada inferior á él; que es dios, ó que es bruto, formado por seleccion natural de no sé qué otro sér primitivo, procedente, á su vez, de no sé qué efecto sin causa. Vosotros los que debísteis al cielo el dón prodigioso de cautivar al género humano con ficciones encantadoras; vosotros los poetas, los dramáticos, los novelistas honradores de España (que aún hay, por ventura, en España poetas, dramáticos y novelistas dignos de eterna loa), romped vosotros denodadamente las ignominiosas cadenas con que las doctrinas racionalistas y materialistas atan el ingenio al polvo de la tierra; dad vosotros señal del espíritu creador que os anima, y empujando hácia lo alto la mente y el corazon de vuestro siglo, salvad de la barbarie al pueblo de Cervantes y Calderon.